

HISTORIA

DEL FAMOSO GUERRERO

CID CAMPEADOR

POR

B. M.



*Se halla en venta en casa los Sucesores de Antonio Bosch,
Calle del Bou de la Plaza Nueva, núm. 13.*

G-F 11129



DGCL
A

EL CID CAMPEADOR.

HISTORIA DE LAS MEMORABLES HAZAÑAS

DEL FAMOSO CABALLERO

RODRIGO DIAZ DE VIVAR,

llamado EL CID CAMPEADOR.

POR

B. M.

ES PROPIEDAD



LIBERA.

Se halla de venta en casa de los sucesores de Antonio Bosch,

Calle del Bou de la Plaza Nueva, núm. 13.

BARCELONA.

01817110

Tt. 136963

EL CID CAMPEADOR.

HISTORIA DE LAS MEMORABLES HAZAÑAS

DEL FAMOSO CAVALLEIRO

RODRIGO DIAZ DE VIVAR.

llamado EL CID CAMPEADOR.

B. M.

ES PROPIEDAD.



Se halla de venta en casa de los suscritores de Antonio Bosch.

Calle del Bar de la Plaza Nueva, núm. 13.

Imprenta de José Miret, calle Córtes (Gran-via) 289 y 291 Ensanche.—Barcelona.



R.127116

EL CID CAMPEADOR.

Dar cuenta de los portentosos hechos realizados por el más famoso de los caballeros españoles, no es de todo punto imposible, dadas las cortas dimensiones que podemos dar á nuestro trabajo. Hacerlo con la brillantez que la importancia del celebrado histórico personaje merece, no es aun más difícil, pues para tamaña empresa se necesitarían plumas mas autorizadas que la nuestra.

Concretarémonos, pues, á narrar los principales acontecimientos de aquel prototipo del valor, ciñéndonos á la más estricta verdad histórica, ya que, con dolor de nuestra alma, nuestra insuficiencia no nos permite hacer más.

Rodrigo Díaz de Vivar, nació en Burgos, segun unos autores, y en Vivar, pequeña aldea inmediata á aquella ciudad, segun otros. Como quiera que sea esto último pudiera muy bien ser, pues su padre era señor de Vivar, como lo indica su apellido, y aun se conoce en aquella localidad su casa solariega.

Descendia Rodrigo de los antiguos jueces ó condes de Castilla, siendo su abuelo el famoso caballero Lain Calvo, que alcanzó grandes victorias de los moros, y estaba emparentado con la familia real.

Crióse en la córte del rey don Fernando llamado *El Magno* en compañía del infante don Sancho, á quien acompañó en todas sus expediciones militares, distinguiéndose en todas por su osadía y proezas.

Armóle don Fernando caballero en el sitio de Coimbra cuando

apenas tenia diez y ocho años. De vuelta á la córte otorgóle el rey grandes mercedes en premio de su valor, nombrando al mismo tiempo á su padre, anciano caballero de mucho mérito y circunstancias, ayo de los príncipes.

Este nombramiento hubo de disgustar al conde don Gomez de Guiomar, valiente y famoso caballero, tal vez el primero que habia á la sazón en la córte de don Fernando.

Lleno de despecho el conde Guiomar por el nombramiento de ayo recaido en don Diego Lainez, padre de Rodrigo Diaz de Vivar, nombramiento que él esperaba y creia merecer, con preferencia á cualquier otro caballero de la córte, hubo de manifestar su desagrado en alta voz y en términos tan descomedidos para con el rey y para con el agraciado, que este no pudo ménos de contestar al caballero que si el rey no le habia nombrado á él, seria seguramente porque no lo merecia.

Irritado don Gomez de Guiomar al oír estas palabras, dejóse llevar de su carácter arrebatado y dió un bofetón al anciano Lainez, pues batirse con él era imposible, á causa de su avanzada edad.

Esto no obstante, don Diego, ciego de cólera, sacó su espada para castigar á su agresor; pero faltáronle las fuerzas, y el arma desprendióse de sus manos, trémulas por la debilidad y la ira, cayendo á sus piés, lo cual provocó una carcajada del mal aconsejado conde, que de este modo insultaba á una gloria viviente, pues, efectivamente, don Diego Lainez, era uno de los más valientes y cumplidos caballeros españoles.

Las lágrimas corrieron por las mejillas del venerable anciano, enrojecidas por la afrenta recibida y por la impotencia de vengarla. En esta situacion le encontró su hijo Rodrigo, quien al enterarse del insulto inferido al autor de sus dias, fué á encontrar al conde de Guiomar retándole á singular desafio. Despreció el conde los alardes del jóven guerrero, pareciéndole una indignidad medir sus armas con un mozo de tan pocos años, excusándose él porque en caso de matarle, lo que en su concepto debería suceder, pues el conde además de su valor, era maestro consumado en toda clase de armas, se calificaria la muerte del jóven de asesinato.

Insistió Rodrigo hasta el punto de amenazar al conde con abofetearlo como él habia hecho con su padre, si rehusaba admitir el desafio. El conde de Guiomar no pudo por fin eludir el compromiso y aceptó el desafio aunque con repugnancia, pues seguia creyendo que el jóven sucumbiria á sus manos, lo cual le dolia en extremo, tanto por ser Rodrigo Diaz un jóven que prometia mucho, como por ser asimismo el objeto de los amores de doña Jimena, hija del conde, á la cual amaba éste entrañablemente.

Mucho se amaban Jimena y Rodrigo, y mucho le repugnaba á éste luchar con el padre de su amada; pero se trataba del honor de su padre y las cuestiones de honor eran para el jóven caballero superiores á todo, y por nada del mundo hubiera dejado impune



la más leve ofensa hecha al suyo, cuanto ménos la inferida á su anciano padre por el conde de Guiomar.

Celebróse el lance á espaldas del rey que lo hubiera impedido,

pues apreciaba mucho á ambos caballeros, con todas las formalidades propias del caso. El conde limitóse al principio á defenderse cuidando al mismo tiempo de no herir al jóven al que trataba de vencer por medio del cansancio. Pero se engañaba Guiomar. Rodrigo era tan fuerte y valiente como él, y como por otra parte le impulsaba la idea de dejar limpio su honor, mancillado en su padre, arremetia con tanta fuerza y bravura que desconcertó completamente al conde, hasta dejarlo tendido á sus piés, atravesado de parte.

Al saber el rey el resultado del desafio, si bien ostensiblemente manifestó su disgusto, alegróse secretamente de la muerte del conde, tanto porque éste habia osado vituperar la eleccion de ayo de sus hijos hecha por él en favor de don Diego Lainez, cuanto por la soberbia del citado conde, que habia tratado algunas veces de imponerse al mismo rey, vanagloriándose de que el dia que le faltase al monarca su valioso apoyo sucumbiria la monarquía, cayendo otra vez en poder de los moros, sus enemigos.

La muerte de don Gomez cambió en odio profundo el amor que doña Jimena su hija, sentia antes por el apuesto Rodrigo Diaz y presentóse al rey en demanda de justicia contra el matador de su padre.

Terminado el desafio, Rodrigo regresó á Leon con ánimo de presentarse al rey, para exponerle el resultado y motivo del lance en que habia sucumbido el conde de Guiomar, pero en las calles de la ciudad notó mucho movimiento entre la gente de guerra que se estaba organizando para salir al encuentro de un formidable ejército morisco, que estaba no muy distante de Leon cometiendo toda clase de desafueros contra poblaciones indefensas.

Entusiasmado Rodrigo púsose á su frente, y yendo al encuentro de los moros alcanzó contra ellos una de sus más señaladas victorias, y en la que se conquistó el nombre de Cid, que en árabe significa Señor, otorgado por sus mismos enemigos vencidos en el campo de batalla.

Despues de esta presentóse al rey con cinco reyes moros cautivos.

Asombrado el rey del resultado de aquella batalla que afirmaba más y más su corona, perdónale al Cid lo del desafio, diciendo que en lo sucesivo no escucharia á Jimena más que para consolarla.

Quiso el rey oír la relación de un hecho de armas tan portentoso y ordenó al Cid que la hiciera.

—Ya sabeis, señor,—dijo el Cid, que en el apremiante peligro que tanto consternó á la ciudad, una tropa de amigos solicitó mi ánimo aun conturbado..... Pero perdonad, señor, mi temeridad, si me atreví á emplearla sin vuestro permiso; el peligro era inminente, la mesnada estaba dispuesta; presentándome á la córte arriesgaba la vida, y si habia de perderla, érame más grato morir peleando por vos. Avanza, pues, aquella hueste: en la frente de cada uno de aquellos héroes brillaba su varonil ardimiento. Quinientos éramos al partir; más no habíamos llegado aun á las puertas de la ciudad y merced á los refuerzos, nuestro número habia aumentado hasta tres mil: ¡tanto valor cobraban los más amedrentados al vernos marchar con tan buenos pertrechos! No bien llegamos cerca del campamento enemigo, oculté las dos terceras partes de mi fuerza en un bosque inmediato; el resto permaneció á mi lado ardiendo en impaciencia, tendiéronse en el suelo y en completo silencio pasamos parte de tan hermosa noche. Lo mismo hizo la guardia, por orden mia, y manteniéndose oculta coadyuvó á mi estrategia; y fingí resueltamente haber recibido de vos la orden que yo ejecutaba y daba á todos. Por último, á la débil luz de las estrellas divisamos el grueso de las fuerzas enemigas que se aproximaban hácia nosotros. Les dejamos pasar; todo les parece tranquilo, engañados por nuestro profundo silencio. Cuando tuvimos al enemigo entre nuestra fuerza y la que tenia escondida en el bosque, levantámonos entonces y todos á la vez alzamos al cielo mil estruendosas voces, á las cuales respondieron los del bosque que salieron al fin impetuosos como un torrente. Confúndense los moros, sobrecójense de pavora, y antes de combatir se dan ya por perdidos. Corrían al saqueo y encuentran la muerte; los apretamos y vertemos su sangre á torrentes antes que ninguno resistiera ó vuelva á su puesto. Pero en breve cual nuestro grado sus príncipes los rehacen, recobran su brio y olvidan su terror; la vergüenza de morir sin luchar ataja el desórden y les vuelve la bravura. A pié firme contra nosotros, desnudan los aceros y derriban á los más valientes: la tierra y el río, son campos de carnicería do triunfa la muerte. ¡Ah! cuántos hechos, cuántas hazañas célebres quedaron sin gloria entre las tinieblas, donde cada cual, único estigo de las recias cuchilladas que daba, no podia distinguir á

dónde se inclinaba la suerte! Yo discurría por todos lados alentando á los nuestros, haciendo avanzar á los unos y sosteniendo á los otros, colocando á los que acudian, empujándolos á su vez y no pude saberlo hasta que el alba rayó sobre nuestra victoria. Al notar el moro su pérdida, se acobarda al punto, y viendo un refuerzo que acudia en nuestro auxilio, el afan de vencer cede al miedo de morir. Confusos y en tropel huyen sin considerar si sus reyes pueden huir con ellos. Así cede su deber al temor más poderoso, al paso que sus reyes, envueltos por nosotros, y algunos de los suyos, heridos por nuestras armas, disputan con tesón y venden cara su vida. En vano les invité yo mismo á rendirse; con el alfanje en la mano no me atienden, hasta que viendo caer á todos sus soldados á sus piés y que ya en balde se defienden solos, preguntan por el caudillo; me nombro y se rinden, y cesó la lucha por falta de combatientes.

Está relacion en boca del Cid, pinta mucho mejor que nosotros pudiéramos hacerlo el carácter lleno de entereza y sencillo á la par del héroe legendario, que en esta batalla se conquistó el nombre de Cid Campeador que le dieron sus contrarios, admirados de su valor, fuerza y bizarría, pues cuenta la historia que el poder de su brazo era tal, que más de una vez se le habia visto derribar de un lanzazo al hombre mejor montado y partir de un mandoble al más fornido guerrero.



Cinco reyes moros venció en esta batalla, presentándolos todos cinco al rey don Fernando que los hizo sus tributarios.

De tal modo creció la fama del Cid con motivo de este hecho y otros no ménos notables, que los reyes moros vecinos verdaderamente temblaban al oír su nombre. El rey perdónale de buen grado la muerte de don Gomez, aunque nunca se la perdonó Jimena, y teniale en grande estima, pues además de su indomable valor y pericia en las cosas de guerra, no era el Cid ménos hábil diplomático.

Los vastos dominios que, gracias al Cid, iba adquiriendo don Fernando, así como el gran número de vasallos le grangearon el título de emperador, lo cual excitó el enojo de Enrique III, emperador de Alemania, ó más bien del santo imperio romano que habia servido en la persona de Carlomagno.

Intimó Enrique III al emperador de Castilla y de Leon que renunciase aquel dictado y se reconociese feudatario suyo; pero el Cid aconsejó á Fernando que se opusiese á todo vasallaje y entró en Francia con un cuerpo de ejército de 10.000 hombres que se proponia conducir á Alemania para sostener por la fuerza de las armas la libre soberanía de su rey, pero la cuestion se arregló diplomáticamente quedando reconocida la soberanía del monarca español.

Las conquistas del Cid en provecho de don Fernando no enriquecieron el erario, si bien ensancharon sus dominios, pues se cuenta que estuvo á punto de desistir de su última expedicion para someter al rey moro de Toledo, que se habia sublevado y queria eximirse de todo vasallaje, porque se hallaba enteramente exhausto el erario, á no ser por su esposa doña Sancha que le asistió con sus joyas y pedrería.

Fernando siguió el ejemplo de su padre repartiendo sus dominios entre sus hijos. Adjudicó á su muerte la Castilla á Sancho su primogénito, el reino de Leon á Alfonso y á García el de Galicia y las provincias portuguesas, dejando á doña Urraca por señora soberana de Zamora y de Toro á su última hija doña Elvira con igual soberanía.

Las consecuencias de esta division fueron la discordia y la guerra entre hermanos y hermanas. Don Sancho, creyéndose perjudicado con la desmembracion de su herencia, determinó inmediatamente despojar á los que miraba como usurpadores; pero antes de ejecutar su proyecto, tuvo que auxiliar á su aliado ó vasallo Alimed, rey de Zaragoza, sitiado en su capital por Ramiro de Aragon, tio de don Sancho. El Cid, por órden de su soberano condujo un ejército al socorro de Zaragoza, siguiéndose una batalla con la que quedó derrotado y muerto el rey de Aragon. Su hijo don Sancho prosiguió la guerra con el rey de Zaragoza y ge-

neralmente con alguna ventaja. A la verdad los príncipes musulmanes divididos no podían hacer frente á los españoles, pero las dimensiones de estos les procuraban el auxilio de un príncipe cristiano contra otro.

Alimed fué por último abandonado por don Sancho de Castilla, el cual, juzgando que habia hecho bastante por él, se retiró de Aragon para invadir á Galicia. Despues de varias vicisitudes de fortuna, pues al principio fué derrotado y cogido prisionero, venció completamente á su hermano García, que abandonó la contienda y huyó junto á su aliado Mohamed Almoateded, rey de Sevilla y conquistador de Córdoba.

Sancho atacó despues á su otro hermano Alfonso, y habiéndole destronado, encerrólo en una cárcel; pero logró escapar de ella con ayuda de sus hermanas, y se fugó á la córte de Ismael ben Dylum, rey de Toledo, implorando su proteccion.

El victorioso don Sancho, habiendo, gracias al Cid, reunido Leon, Galicia y las provincias portuguesas á los estados de Castilla, revolvió sus armas contra sus hermanas. Doña Elvira rindió á Toro sin oponer resistencia, pero doña Urraca defendió tenazmente á Zamora.

Mandó don Sancho al Cid á Zamora á decir á la infanta que si le entregaba Zamora él le daría en cambio la villa de Rioseco, con el infantazgo desde Villalpando á Valladolid, jurando que jamás sería molestada en su soberanía.

Quería el Cid excusarse de esta embajada; pero obligado por el rey fué á Zamora acompañado de quince escuderos suyos, escogidos entre los más valientes. Recibióle Arias Gonzalo, caballero ilustre en quien la infanta tenia toda su confianza, hospedándole como merecía hasta que la infanta le recibiese en audiencia.

El Cid fué muy bien recibido por la infanta, y al dar Rodrigo cuenta de su embajada púsose á llorar la infanta, quejándose del rey y de que tuviese preso á su hermano don García, negándose por último á entregar la ciudad, hiciese el rey lo que quisiera, lamentándose además de que se hubiese encargado de semejante embajada el Cid, á quien la infanta habia honrado calzándole la espuela dorada cuando fué armado caballero en la toma de Coimbra, en vida de su padre el rey don Fernando *El Magno*.

Por consejo de Arias Gonzalo, la infanta convocó al pueblo en San Salvador, para que con su voto decidiera si debía entregarse la ciudad, en cuyo caso ella se marcharía, quedándose con ellos si por el contrario querian defenderla. Respondió por todos un caballero muy estimado del pueblo, llamado Nuño Alvarez, dando gracias á la infanta por el aprecio que de ellos hacia, ofreciéndose por sí y por todos á morir en su servicio.

Doña Urraca transmitió al Cid la contestación del pueblo zamorano, y le propuso que abandonase el servicio del rey don Sancho por el suyo, en pago de las mercedes que de su mano había recibido; pero el Cid dijo que él servía á la sazón á don Sancho y que aunque le pesaba mucho lo que sucedía, no lo podía remediar ni dejar de servir á don Sancho como á su señor y rey natural.

Resueltos los zamoranos á defenderse y el rey don Sancho á conquistar la ciudad, habló el Cid al rey para hacerle desistir de su empeño, con lo cual solo logró hacerse sospechoso al rey que, muy enojado, le echó en cara su tibieza en la embajada, por cuyo motivo su hermana la infanta no había querido entregar la ciudad segun él presumía, y que por lo tanto y no queriendo servirse de hombres que no hiciesen en todo su voluntad, lo desterraba de sus reinos.

Don Sancho como se vé, era de dura condicion, pero el Cid no le iba en zaga, enojóse tanto al verse objeto de tanta injusticia, que tuvo que tomar consejo de la prudencia para no cometer un desafuero.

Contúvose, pues, limitándose á retirarse del campo, con su mesnada, como entonces se llamaba, compuesta de más de mil individuos, gente ducha, probada y ejercitada en mil ocasiones peligrosas, dirigiéndose á Toledo.

No tardó el rey en caer en la cuenta del mal paso que acababa de dar privándose del valioso concurso del mejor de sus capitanes, y pasada ya la cólera mandó á don Diego Ordoñez que fuese en seguimiento del Cid, mandándole volver á su lado.

Diego Ordoñez alcanzó al Cid entre Costa Nuño y Medina del Campo; dióle el despacho que del rey llevaba, y consultando Rodrigo con los suyos, acordaron todos volver al servicio de su rey, saliendo á recibirles don Sancho con quinientos caballeros, y haciéndoles en el campo real un recibimiento entusiasta como se merecía tan famoso caballero, cuya importancia salta á primera vista con su solicitado regreso al campamento real, pues los reyes no acostumbran tan fácilmente á obrar como en esta ocasion obró don Sancho.

Apenas llegado el Cid emprendióse el sitio de Zamora con ver-

dadero empeño de una y otra parte. Tres veces fué atacada la ciudad en tres días; pero los zamoranos se defendieron tan bizarramente que ocasionaron á sus enemigos más de mil muertos.

Viendo el rey la resistencia de la ciudad determinó rendirla por hambre, estrechándola hasta el punto de ser imposible salir ni un solo hombre. Todos los días habia escaramuzas entre sitiados y sitiadores, en los cuales se mostraba el valor de unos y otros. En uno de ellas se señaló el Cid de una manera notable, pues estando solo cerca de las murallas salieron de la ciudad catorce caballeros, con ánimo de venderle pues le habian conocido. Cercáronle; pero el Cid se defendió de tal manera que mató á doce, huyendo los dos restantes á Zamora, en la cual se sentia tanta hambre, que Arias Gonzalo aconsejó á doña Urraca que entregase la ciudad al rey, porque era imposible sostenerse en ella, yéndose á Toledo al lado de don Alfonso su hermano.

Quiso la infanta tambien esta vez consultar el pueblo antes de seguir el consejo de Arias Gonzalo, y los bravos zamoranos dijeron que si se entregaba la ciudad ellos la abandonarían marchándose á Toledo, donde reinaba don Alfonso.

Habia en Zamora, un caballero llamado Alfores, comunmente conocido por Vellido Dolfos, hombre de muy malos antecedentes. Servia á la infanta y queriendo adquirir una celebridad de que carecia imaginó la más negra de las traiciones, ofreciéndose á doña Urraca que haria levantar el sitio. La infanta dijo que como lo consiguiese con buenos medios, ella se lo agradecería muy particularmente.

Para justificar su salida de la ciudad trabó pendencia con Arias Gonzalo, tratándole de traidor y que por su causa estaba Zamora en tan grande aprieto.

Los hijos de Arias Gonzalo, que eran muchos y valientes quisieron vengar el agravio hecho por Vellido á su padre. Acosado Vellido salió huyendo de la ciudad, logrando su objeto, esto es, que los zamoranos y los sitiadores creyeron en el motivo aparente de su huida.

Vellido Dolfos llegó donde estaba don Sancho, diciéndole que los de Zamora quisieron matarle por haber aconsejado la entrega de la plaza, y que él mostraria por donde podria tomarse la ciudad si el rey lo admitia en su servicio.

Creyó el rey á Vellido, honrándole mucho y admitiéndole en su ejército.

Habia en Zamora un caballero Santiagués, llamado Bernal Díaz, que conocia mucho á Vellido, y esperando de él alguna traicion y queriendo vengarse, llamó desde las murallas á los caballeros de don Sancho, diciéndoles en alta voz que no se fiasen de Dolfos; que era un traidor, hijo de Adolfo y nieto de Laino, ambos traidores; que habia matado á don Nuño y á otros muchos á traicion, echándoles al rio y que les advertia porque si sucediese algun desman no se dijese despues por España que el rey don Sancho no habia sido avisado.

Además de este aviso recibió el rey muchos por escrito enviados por los sitiados; pero el rey se contentó con agradecer el aviso, sin tomar ninguna precaucion.

El astuto Vellido Delfos, dijo que todo era obra de Arias Gonzalo que era su enemigo; pero que no queriendo que el rey estuviese receloso de él estaba dispuesto á marcharse del campo, con lo cual desarmó completamente al rey que le alargó la mano llamándole amigo y admitiéndole por vasallo.

Seguro ya Vellido de que el rey tenia en él completa confianza le propuso enseñarle el punto por donde podria tomarse la ciudad, que era un portillo que nunca se cerraba, llamado *Zambranos de la reina*, cuya guardia era muy fácil sorprender.

Creyó el rey y montando ambos á caballo dieron una vuelta á la ciudad para reconocer el portillo, el cual visto por el rey reconoció que en efecto era muy fácil el acceso á la plaza sitiada por aquel sitio.

Al regresar al campamento por una de las orillas del Duero el rey y Vellido, sintióse aquel acometido de una necesidad natural, y apeándose del caballo entregando á Dolfos el venablo, baston dorado que llevaba como insignia de la dignidad real en aquellos tiempos.

Viendo el infame Vellido llegada la ocasion propicia, acercóse al rey por la espalda y arrojándole con furia el venablo atravesó á don Sancho de parte desgarrándole las entrañas, y dando un fuerte espolazo á su caballo dirigióse á escape en direccion de la ciudad.

En su huida, pasó Vellido cerca de Rodrigo, y llamándole la atencion á este la precipitada carrera de Dolfos, llamóle para preguntarle qué era aquello y dónde estaba el rey, pero Vellido en vez de parar espoleó más á su cabalgadura, por lo que el Cid se puso en su seguimiento, pues vinole á la memoria todo lo que de Vellido Dolfos habian dicho los zamoranos, y no dudó de que algo grave habia pasado al rey por culpa de aquel infame que huia sin querer escuchar nada.

Vellido Dolfos entró en Zamora perseguido por el Cid y viendo este que se le escapaba arrojóle su lanzon buriendo á Dolfos.

Culparon muchos al Cid de poco ánimo por no haber entrado tras de Vellido en Zamora; pero no fué falta de ánimo, sino no saber de cierto la muerte del rey, que á saberla, no se hubiera librado Dolfos de morir á manos del Cid, en medio de las calles de Zamora, pues no era el famoso caballero á quien arredrase nada.

Con la muerte del rey don Sancho, alcanzó Vellido la celebridad á que aspiraba; celebridad bien triste á fé, pues aun hoy dia España entera execra su nombre con el dictado de traidor, siendo Vellido Dolfos y el conde don Julian los prototipos de los traidores no tan solo en España sino en el mundo entero.

Los zamoranos, á fuer de leales reprobaron enérgicamente la accion de Vellido y lo pasara mal si no se hubiese amparado de la infanta, la cual llena de piedad, si bien le dolia la desastrosa muerte de su hermano, lo protegió salvándole la vida.

Arias Gonzalo queria que se entregase á los castellanos para que lo castigasen como merecia y por no aparecer cómplices del horroroso asesinato; pero doña Úrraca, con una debilidad que no se explica bastante, contentóse con encerrar á Vellido en una torre, fuertemente guardado.

Ignórase lo que fué de este miserable, pues á partir de aqui nada más de él dicen las obras que consultamos.

Irritados los castellanos por la muerte del rey, consideráronse desde luego súbditos de su hermano don Alfonso, pues don Sancho habia muerto sin dejar sucesion, pero quisieron antes de reconocerlo como á tal, vengar la muerte de don Sancho contra Zamora, ya que esta ciudad habia recibido y tenia en su recinto á Vellido, por cuyo motivo les parecia evidente la complicidad de los zamoranos.

Al efecto don Diego Ordoñez, uno de los más calificados caballeros de aquel tiempo, llegóse á los muros de la ciudad sitiada, y en nombre del ejército sitiador, cuya presentacion llevaba, dijo á los de la ciudad que avisasen á Arias Gonzalo, con el cual tenia que hablar. Llegado Arias al muro retóle Ordoñez por haber amparado á Vellido despues de muerto el rey.

Celebróse el duelo segun costumbre de aquella época entre doce caballeros castellanos y otros doce leoneses, venciendo los castellanos y muriendo en la liza dos de los hijos de Arias Gonzalo.

Muerto don Sancho el sitio de Zamora no tenia ya razon de ser, y los castellanos lo levantaron de órden de don Alfonso, el nuevo rey que acababan de proclamar.

El sitio de Zamora duró más de siete meses, cosa extraordinaria en aquellos tiempos cuyas acciones de guerra eran siempre rápidas. De este sitio de Zamora viene el tan sabido dicho popular que ha acabado por ser un refran: *No se ganó Zamora en una hora*. Lo cual, á ser cierto no es muy acertado, puesto que no se ganó ni en una hora, ni en muchas, ni nunca.

Levantado el sitio invitaron los pueblos á don Alfonso á que se cñera la corona de su padre, llamándose emperador como aquel, toda vez que don García no habia sido repuesto en su trono de Galicia.

Salió el rey Alfonso de Toledo dirigiéndose á Zamora, siendo muy bien recibido por doña Urraca y por todo el pueblo.

Como la traición de Vellido Dolfos no se habia puesto bien en claro, circulaban rumores acerca la muerte de don Sancho, atribuyéndose por unos la culpabilidad á su hermana doña Urraca y por otros al mismo don Alfonso, su sucesor, como únicos interesados ambos en las consecuencias que de aquel hecho se originaron.

Nobles y pueblo aclamaron á don Alfonso por rey de Castilla y de Leon, ménos el Cid, que aunque no creia en la complicidad atribuida á don Alfonso en la muerte de su hermano, exigió del nuevo monarca el solemne juramento de no haber atentado á los dias de su antecesor, sin cuyo requisito no se coronaria en Burgos ni entraria en dicha ciudad, capital de sus reinos.

Avínose don Alfonso á prestar el juramento exigido antes de su coronacion; pero se resintió profundamente de la presuncion de un súbdito que de tal modo se le atrevia, aunque queria vindicarle de una acusacion injusta.

Encaminóse el rey á Burgos acompañado de doce caballeros; dirigiéndose el Cid á la misma ciudad con el resto del ejército, acampando en las inmediaciones de Santa Gadea ó Agueda, extramuros de la capital, iglesia destinada para celebrar la coronacion del nuevo monarca, pues todavia no estaba erigida la iglesia cate-

dral y además porque, como había dicho el Cid, el rey no debía entrar en la capital de sus reinos sin haber prestado el juramento.

Siendo el juramento exigido al rey en Santa Gadea, uno de los principales acontecimientos de la vida del famoso Rodrigo del Vivar, llamado el Cid Campeador, lo describiremos valiéndonos de las mismas palabras del autorizado historiador Sandoval que lo describe así:

«En la parroquia de Santa Gadea se juntaron todos los caballeros, y vino el rey á misa con sus hermanas las infantas doña Urraca y doña Elvira. En un tablado alto, para que todo el pueblo lo viese, se puso el rey y llegó Rodrigo Diaz á tomarle el juramento, abrió un misal puesto sobre un altar, y el rey puso sobre él las manos y Rodrigo dijo: Rey don Alfonso, vos venis á jurar por la muerte del rey don Sancho, vuestro hermano, que si lo matásteis ó fuisteis en aconsejarle decid que sí, y nó si murais tal muerte cual murió vuestro hermano, y villanos os maten, que no sea castellano, y vengan de otra tierra que no sean caballeros? El rey y los caballeros respondían Amen. Segunda vez volvió Rodrigo y dijo: ¿vos venis á jurar por la muerte del rey mi señor, que vos no lo matásteis ni fuisteis en aconsejarlo? Respondieron el rey y los caballeros: Amen. Si no murais tal muerte cual murió mi señor, villanos os maten, no sea hidalgo, ni sea de Castilla, sino que venga de fuera, que no sea del reino de Leon, y el rey respondió Amen y mudósele el color. Tercera vez volvió Rodrigo á decir estas mismas palabras al rey, el cual y los caballeros dijeron Amen. Pero ya no pudo el rey sufrirle, enojado con Rodrigo Diaz porque tanto le apretaba, y díjole: varon Rodrigo Diaz, ¿por qué me ahincas tanto, que hoy me haces jurar, y mañana me besarás la mano? Respondióle el Cid: *Como me ficiérades algo, que en otras tierras sueldo dan á los hijosdalgo, y así fareis vos á mí si me quisiéredes por vuestro vasallo*, mucho le pesó al rey de esta libertad que Rodrigo Diaz le dijo, y jamás desde este día estuvo de veras en su gracia. Que los reyes ni superiores no quieren súbditos tan libres.»

El juramento y preguntas apretaron tanto al rey, que se enojó



... para conde, pariente por su mujer del famoso caballero, no
perdonó a este el servicio que le hizo recomendarlo al rey
de lordos, antes por el contrario le siempre en su vida
y aborreció al Cid por todos los dias de su vida. Acrecentaron

tambien su enojo todos cuantos envidiaban la fama y poder del ilustre guerrero, pero trascurrieron algunos años antes que Alfonso se creyese bastante sólidamente asentado en su trono, para seguir los impulsos de su odio contra el mejor y más distinguido de sus súbditos, y durante todo este tiempo empleó al héroe en guerras, ó desafíos judiciales y en diferentes embajadas.

Entre los enemigos del Cid, contábase los condes de Castilla que no podian tragarle. Envidiosos de la gloria que cada dia iba adquiriendo el sin par guerrero, trataron de deshacerse de él por medio de una emboscada preparada de acuerdo con los moros. El hecho debia tener lugar el dia de la cruz de Mayo, fingiendo un combate entre moros y cristianos en el que el Cid no dejaria de tomar parte dado su brío y coraje, y una vez metido en él, todos debian volverse contra Rodrigo y matarle, quedando los dichos condes de Castilla sin rivales que les hiciesen sombra, que es grave yugo y pesada carga la virtud del bueno á los ojos del malo.

Concertada la traicion, comunicaron su plan á unos reyezuelos moros que el Cid habia vencido y eran como sus vasallos, diciéndoles que matando á Rodrigo ellos quedarian libres de aquella sujecion.

Pero los moros, á pesar de ser enemigos declarados de los cristianos, fueron en esta ocasion más leales que los castellanos, y avisaron á Rodrigo, á quien entregaron las cartas de los condes de Castilla, en los que se les proponia la traicion.

El Cid no quiso castigar por su propia mano la traicion urdida contra él, porque eran los Condes de sangre real, de otra suerte cara les hubiese costado su alevosía. Fuese el Cid á encontrar al rey dándole parte de todo. Espantado Alfonso de la traicion imaginada por los Condes sus parientes en contra del Cid, mandóles salir del reino y no volver jamás á él bajo pena de la vida.

Marchóse el rey á Galicia, dejando encargado al Cid de lanzar á los Condes del reino, lo que hizo enseguida. La esposa de uno de ellos llamado don García, era prima de Rodrigo, y se acercó á este derramando un mar de lágrimas y pidiéndole, ya que los des-terraba, una carta para algunos de los reyes vecinos sus vasallos, para que los recibiese en su tierra. Dió el Cid á su prima una carta para el rey moro de Córdoba, el cual acogió muy bien á los parientes de su señor el Cid, dándoles el lugar de Cabra, por cuyo motivo esos condes de Castilla se llamaron tambien con el tiempo condes de Cabra.

Este conde, pariente por su mujer del famoso caballero, no perdonó á este el servicio que le hiciera recomendándole al rey de Córdoba, antes por el contrario fué siempre su enemigo, haciéndole todo el daño posible. Más tarde, siendo este ingrato pa-

riente conde y gobernador de Nájera, que era una herencia de las más honradas del reino, hizo lo mismo, aunque saliendo siempre con las manos en la cabeza y Rodrigo Diaz victorioso.

En otra delicada misión brilló como siempre á gran altura el valor, patriotismo y talento del Cid.

Envióle el rey á cobrar el tributo que los reyes moros de Córdoba y Sevilla le pagaban. Hacíanse la guerra los reyes moros de Granada y Sevilla. Quisieron poner en paz el Cid; pero el rey de Granada teniéndose por más poderoso no quiso. Enojóse el Cid al ver que despreciaban sus buenos oficios; púsose de parte del rey moro de Sevilla, viniéronse á las manos ambos ejércitos, siendo vencido el de Granada.

Ganó en esta jornada honra y provecho el Cid. Restablecida la paz por su mediación entre los reyes de Granada y Sevilla, volvió á Castilla, donde tuvo émulos envidiosos que quisieron malquistarle con el rey. Enfadado el Cid salióse de la corte y se fué á correr las tierras que los moros poseían en Medinaceli y Santisteban de Gormaz, en el reino de Toledo, en cuya excursión hizo más de siete mil cautivos; pero como tocó en tierras que eran tributarias del rey don Alfonso, particularmente de Toledo, en cuyo rey tenía estrecha amistad, aumentóse la mala voluntad que el rey tenía á Rodrigo, y los envidiosos no dejaron de influir en esta ocasión, hasta el punto de que don Alfonso mandó al Cid que saliese de su reino en el término de nueve días.

Alfonso fué un ingrato; cuando creyó que ya no necesitaba del brazo del invencible guerrero que le había afirmado más que ningún otro en su trono, dió rienda á su por tanto tiempo disimulado enojo y el Cid fué desterrado en premio de tan señalados servicios.

¡A cuántas reflexiones se presta la conducta de este monarca, extrañando de sus reinos al más valiente, más digno y más fiel de sus súbditos!

El Cid pasó muchos años en el destierro y solo fué llamado cuando arreció el peligro, para ser otra vez desterrado cuando el monarca no le necesitó.

Numerosos amigos y parciales siguieron su suerte y se retiraron con él la primera vez á Zaragoza. Allí recibió buena acogida de Almoctader, hijo del rey Ahmed, y le asistió en las guerras que este príncipe emprendió contra moros y cristianos. Posterior-

mente guerreó contra los moros por su propia cuenta, y fué su azote en Castilla, Aragon, Valencia y Andalucía.

En estas guerras privadas alcanzó este hombre extraordinario grandes victorias y no menor fama, si podia alcanzar más el que habia llegado á causarla con tantos y tan heróicos hechos.

Sus hazañas han sido celebradas en prosa y verso por historia-dores y poetas, siendo difícil trazar una línea divisoria en época tan remota entre la verdad histórica y las creaciones de la ficcion.

La credulidad del vulgo dada siempre á aumentar todo lo que ya de si es extraordinario, cuenta del Cid cosas estupendas que rayan en lo sobrenatural. Oigamos á este objeto otra vez á San-doval que á este efecto dice lo siguiente:

«Los enojos y desabrimiento del rey con Rodrigo, como le mandó salir de sus reinos dentro de nueve dias, los dineros que pidió prestados sobre de unas arcas llenas de arena á unos judfos que trataban en Burgos; el camino que hizo; la gente que se le juntó, trescientos caballos y mil peones, la revelacion, ó vision de un ángel que tuvo en el camino, asegurándole el favor que en todo le haria el Señor del cielo; las conquistas que hizo quitando á los moros fuertes castillos; las lágrimas que hubo en Burgos, sintiendo la ciudad que le quitasen tal natural y vecino, las batallas que dió al rey de Aragon; al conde de Barcelona; y á los reyes moros de Valencia, Zaragoza y otros lugares, venciendo en todas á sus enemigos: finalmente sus buenas hasta hacerse señor de Valencia, y sobre todo la lealtad grande y el respéto debido deste caballero, que siempre tuvo á su rey, si bien agraviado dél, el casamiento de sus hijas con los condes de Carrion, y despues con los infantes de Navarra y de Aragon, tienen historia particular y tan sin concierto, como son cuantas se escribieron en Castilla, de trescientos años hasta estos tiempos, sin orden, sin tiempo, mezcladas las verdades con desatinos, para estragarlo todo. No me atrevo á reformar esta historia, ni á quitar al vulgo los cuentos tan recibidos que tiene de los hechos deste valiente caballero.»

Lo que no admite duda, es que ejecutó prodigios en esas guerras el Cid conquistando á Valencia, estableciéndose en ella, lle-

nando toda la España con su fama, y á los soberanos de ambas creencias con respeto si no con temor.

El Cid se casó con doña Jimena Diaz un año despues de haber muerto el rey don Fernando *El Magno*. Esta doña Jimena no es la misma doña Jimena hija del conde don Gomez de Guiomar, pues ya se ha dicho que los amores del Cid con la hija del conde acabaron con la muerte de éste, que, como se sabe, murió á manos de Rodrigo.

La doña Jimena, esposa del Cid, se llamaba Jimena Diaz y era hija del conde don Diego Alvarez de Asturias, y nieta del rey don Alonso V de Leon.

Algunos autores casan al Cid con doña Jimena, hija del conde don Gomez de Guiomar; otros quieren ó suponen que efectivamente estuvo casado con esta doña Jimena, que fué su primer amor, y que luego enviudado, contrajo segundas nupcias con doña Jimena Diaz, pero de positivo se sabe ya que esta última fué la única mujer propia que tuvo al Cid, segun se lee en la carta de arras que dió el Cid á su mujer Jimena Diaz.

El Cid estuvo en Valencia con su esposa durante cinco años. Cayendo enfermo, al sentirse morir, dejó la ciudad al rey don Alfonso, para que él, como príncipe cristiano y poderoso, la sustentase y defendiese; pero lo más que pudo hacer el rey fué sustentarla tres años, dejándola por verse viejo, cargado de trabajos, y muchos enemigos, apoderándose de ella un moro llamado Almortayen, que fué proclamado rey.

La ciudad de Valencia se llama aun hoy dia Valencia del Cid, no porque hubiera nacido en ella como muchos creen el famoso Rodrigo del Vivar, sino porque este insigne capitán la conquistó y gobernó por espacio de cinco años.

Muerto el Cid, doña Jimena hizo donacion al obispo de Valencia don Jerónimo, de los diezmos de mar y tierra que su marido Rodrigo Diaz habia poseido. Dos años mas estuvo en Valencia doña Jimena, mientras esta ciudad estuvo en poder de D. Alfonso. Cuando este monarca la abandonó, retiróse doña Jimena á Castilla, llevándose consigo el cuerpo embalsamado del Cid, montado en un caballo de batalla, como si aun estuviera vivo. Por el camino toparon con una fuerte tropa morisca que, ignorando la muerte del famoso capitán, se desbandó á su vista creyendo que iba á atacarles. Tanto era el espanto que á los moros infundia Rodrigo Diaz.

Segun parece, de este hecho arranca el dicho de que el Cid aun despues de muerte ganóles las batallas.

El Cid fué enterrado en San Pedro de Cardena, en Burgos y allí fué á hacerle más tarde compañía su esposa doña Jimena. Murió tan famoso caballero en 12 de Junio del año 1137.

en recuerdo ha inspirado á los poetas y historicos de todos los países grandes obras que viviran eternamente.
Como la ciudad más culminante en el Cid era el valor, la palabra Cid ha llegado ser sinónimo de valiente. No es raro, pues, leer en más de una ocasión al general ó capitán en su Cid, en lugar de en valiente.

FIN



HISTORIAS QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO.

- | | |
|---|---|
| <ol style="list-style-type: none"> 1. Oliveros de Castilla. 2. Sr. General Martínez de Campos. 3. Carlos-Magno. 4. Roberto el Diablo. 5. Conde Partinoples. 6. El caballo de madera. 7. Flores y Blanca Flor. 8. Pierres y Magalona. 9. Madinó ó la ampata maravillosa. 10. Bertoldo, Bertoldina y Caracasno. 11. El Nuevo Robinson. 12. Napoleón I. 13. D. Ramón Cabrera. 14. El General Espartero. 15. Don Martín Zurbarano. 16. Uña Blanca de Navarra. 17. Orlando Furioso. 18. Simbad el Marino. 19. El sitio y defensa de Zaragoza. 20. Anselmo Collet. 21. Subterráneos de la Alhambra. 22. Romancero de la guerra de Africa. 23. Gil-Blas de Santillana. 24. Guerra civil del año 1871 á 1876. 25. El astelero de Carne humana. 26. Los secuestradores de Lucena. 27. Candelas. 28. Saballs. 29. Carlos VII. 30. Pedro Ramon Ciarám. 31. Los Ladrones de mar. 32. Los Amantes de Teruel. 33. Pablo y Virginia. 34. Don Diego de Leon. 35. El Conde de Montemolin. 36. Don Tomas Zumalacarragui. 37. Don Pedro el Cruel, rey de Castilla. 38. Bernardo del Carpio. 39. Cristóbal Colon. 40. Hernan Cortés. 41. Los siete infantes de Lara. 42. Don Pedro de Portugal. 43. La doncella Teodora. 44. La heroica Judith. 45. Noches lúgubres, de Cadalso. 46. Matilde y Malek-Adhel. 47. Abelardo y Eloisa. 48. Ricardo e Isabela. 49. Marques de Villena. 50. Ehsu ó la rosa blanca encantada. 51. El Conde de las Maravillas. 52. Santa Genoveva. 53. El Nuevo Navegador. 54. El Capitan Gonzalo de Cordoba. 55. El Bastardo de Castilla. 56. Tablante de Ricamonte. 57. La Guirnalda milagrosa. 58. Los siete sabios de Roma. 59. Guerra de la Independencia. 60. Los Niños de Egipto. 61. La niña Juanca la Loca. 62. El Moro Blanco encantado. 63. El principe Selim de Belsora. 64. Las doncellas disfrazadas. | <ol style="list-style-type: none"> 65. El Santo rey David. 66. Julio y Zoraida. 67. Magico Rojo. 68. Urreca Ladrona. 69. Diego Corrientes. 70. Aurelia y Florinda. 71. El General Prim. 72. Ana Bolena. 73. Cornelia. 74. La Cosa de los mares. 75. Viajes erenos. 76. Jaime el Barbudo. 77. Rosa Samaniego. 78. Pincha-aves. 79. Lo Rector de Vallfogona. 80. Guillermo Tell. 81. El Casto Jose. 82. El Viejo Tobias y el jóven su hijo. 83. El Valeroso Sanson. 84. La Creacion del Mundo. 85. El Diluvio universal. 86. El Juicio universal. 87. San Alejo. 88. San Amaro. 89. San Albano. 90. Nuestra Señora de Montserrat. 91. El Marqués de Mántua. 92. Francisco Estéban el Guapo. 93. D. Jaime el Conquistador. 94. El Fingido Cardenal de Borbon. 95. General Garibaldi. 96. Brigadier Cabrinety. 97. Esmeralda N. S. de Paris. 98. Adelaida. 99. Rosaura. 100. Isabel la Católica. 101. D. Juan de Austria. 102. Juan Pantoja. 103. Margarita de Borgoña. 104. Lucercia Borgia. 105. El Hijo Pródigo. 106. Juan de Padilla. 107. Amor de adre. 108. Guzman el Bueno. 109. La Vida del Jugador. 110. Lo Rector de Vallfogona. (2.ª parte). 111. El Traperero de Madrid. 112. El Sitio de Gerona. 113. Los Perros del Monte de San Bernardino. 114. Neron, Emperador de Roma. 115. Jorge y Maria. 116. Pelayo. 117. Santa Catalina. 118. Cid Campeador. 119. Juana de Arco. 120. El Campanero de San Pablo. 121. Julieta y Romeo. 122. La Cabeña de Tom. 123. La Camacha del Rey Wamba. 124. San Vicente de Sarriena. 125. El Rey y el labriego. |
|---|---|